

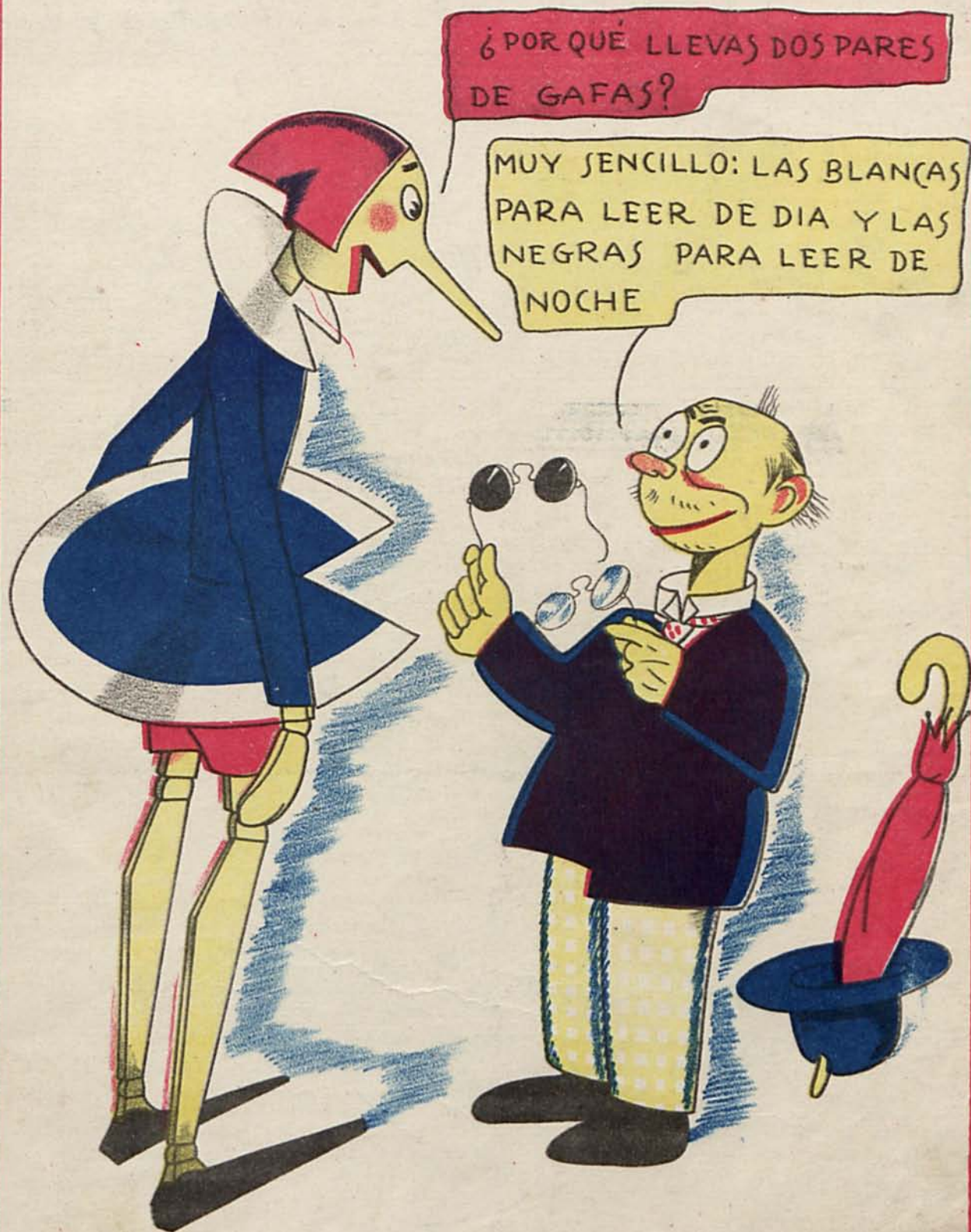
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 94

40 Cents.

5 DICIEMBRE
1926





El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton



PROGRAMA PARA HOY

LAS MONEDAS FALSAS

Sensacional

GRAN CINE



El lugar donde se celebraba el mercado en el pueblecito de Belham estaba etestado de gente, y de un extremo a otro del mercado, se extendía una fila de puestos con mercancías de todas clases.

Por entre los puestos paseábase Paddy O'Darrel, el detective, acompañado de su ayudante Bob Smithers; y a su lado trotaba un sabueso, hermoso ejemplar que había ayudado a su amo a desentrañar muchos misterios. Los detectives acababan de terminar felizmente uno de sus asuntos, no lejos de Belham, y aprovechaban el tiempo que les quedaba hasta la hora del tren para dar un vistazo por el pueblo.

Detuviéronse ante uno de los puestos, en el cual el dueño debía de hacer un buen negocio; éste consistía en vender bufandas muy baratas, pues al precio de diez y ocho peniques, que era a como las daba, resultaba, efectivamente, una buena ganga.

—¡Aquí tenéis! —gritaba el dueño del puesto—. ¡A diez y ocho peniques las mejores bufandas de lana..., que valen tres veces más! ¡Aprovecharse! ¡Todo el mundo puede gastar bufanda!...

El vendedor se calló, para despachar a un comprador; un hombre joven, vestido pobremente y con aspecto enfermizo. De las manos del vendedor pasó una bufanda a las del parroquiano, que dió para pagarla, una pieza de dos chelines. El dueño del puesto examinó la moneda y frunció el entrecejo; metióla en la boca y la mordió con toda su fuerza, mientras el muchacho le miraba con ansiedad.

—¡Eh! ¿Qué es esto! ¡Esta moneda es falsa! —exclamó el vendedor encolerizado.

—Yo... no lo sabía; lo lamento mucho... —balbuceó el joven.

—¡Pues bien! ¡Ahora ya lo sabe usted! —gruñó el tendero en voz tan agria y tan chillona, que varias personas se detuvieron a mirar, y los de los puestos vecinos acudieron también, atraídos por las voces—. ¡No crea usted que me voy a quedar con ella! ¡A mí me da usted dinero bueno, y si no, no se lleva usted la bufanda!

Gerald Hawes —que así se llamaba el muchacho— recogió la moneda falsa y le dió otra al vendedor, el cual, al examinarla, se puso hecho una furia.

—¡Cómo! ¿Me vuelve usted a dar otra falsa? —rugió—. ¡Esto ya es mucho atrevimiento!

Al oír esto Gerald, enrojeció avergonzado y dejó la bufanda encima del mostrador.

—¿Creía usted que me la iba a dar a mí, eh? ¿Cuántas ha pasado usted ya hoy?

—¡Yo no sabía que eran falsas! —murmuró Gerald, sintiéndose profundamente avergonzado el ver clavados sobre él los ojos de más de cien personas.

—¡Pues ya van pasando mucho dinero falso en este pueblo, últimamente! —gritó el dueño de otro puesto, abriéndose camino por entre el grupo de gente—. ¡Y apostaría cualquier cosa a que es este mozo el que nos ha venido timando.

—¡Les aseguro a ustedes que yo no sabía que estas monedas eran falsas! —declaró Hawes.

—¡Si lo hubiera sabido las hubiera arrojado al río!

—¿Eh, qué pasa? —interrumpió un policía, alto y grueso, abriéndose paso. ¿Qué hablan ustedes ahí de dinero falso?

—Que ese muchacho me ha dado dos monedas de dos chelines, y las dos, falsas —se apresuró a decir el de las bufandas—.

—¡Y no es esto sólo, si no que hace tiempo que los vendedores encontramos con frecuencia monedas falsas.

—¡Sí, señor! —afirmó otro comerciante—. ¡Ya es tiempo de que la policía nos proteja contra toda esa pillería que se dedica a meter dinero falso.

—¡Yo no soy ningún pillo, ni me dedico a eso! —protestó Hawes indignado.

—¿Quién le ha dado a usted esas monedas? —preguntó el policía severamente—. ¡Es muy extraño que tuviera usted dos falsas.

—¡Las he encontrado! —afirmó Hawes—; y algunos de los allí reunidos se rieron burlonamente al oírlo.

—¡Sí! ¡Las he encontrado, sí! —repitió el joven—. Venía desde Bingford, que está a diez kilómetros de aquí, a buscar trabajo en Belham, y por el camino encontré estas monedas... allá cerca del molino viejo; me sentí muy feliz al encontrarlas porque no llevaba conmigo ni un penique...

—Eso que usted cuenta podrá ser cierto; pero como no soy yo quien debe juzgarlo, tiene usted que venir conmigo a la Jefatura de Policía a contárselo al inspector —dijo el guardia, poniendo la mano en el hombro de Gerald Hawes.

—¡Pero qué! ¿Va usted a detenerme? —exclamó el muchacho, mirando atemorizado al policía.

—Sí; voy a detenerlo a usted, de modo que no meta usted bulla.

Hawes bajó la cabeza abatido y avergonzado, y sin replicar palabra dejase conducir por el policía, seguido de una gran muchedumbre.

—¿Qué opinas de eso, Bob? —preguntó Paddy.

—Que ese muchacho tiene cara de ser honrado; la historia que cuenta me parece muy verosímil.

—Sí; realmente no tiene aspecto de timador. Pero, ¡claro está!, las circunstancias lo acusan, porque es muy extraño que haya encontrado dos monedas falsas. Una... todavía pudiera ser.

—También pudiera ser que aún hubiera encontrado más por aquel sitio si hubiera buscado —argumentó Bob—. ¿Quién sabe si habrá más junto al molino?

—Puesto que tenemos tiempo sobrado, iremos a ver —dijo Paddy repentinamente—. Podemos alquilar un sidecar en el pueblo y llegar al molino en diez minutos.

—¡Es una buena idea, jefe!

No tardaron en encontrar un garage, y alquilaron el sidecar. Llevando a Bob en el asiento de al lado, con Triller encima de las rodillas, Paddy puso en marcha al motor, y en un momento llegaron a la vista del molino. Por aquella parte la carretera era muy solitaria; bordeábala un frondoso bosque por un lado, y al otro, estaba el molino, abandonado desde hacía muchos años; por detrás de él, corría murmurante el río, que en otro tiempo lo moviera, y este murmullo y el del viento a través de los árboles eran los únicos ruidos que se percibían.

—¿De modo que ha sido por aquí donde aquel muchacho encontró las monedas? —murmuró Paddy, mientras inspeccionaba la carretera. Bob, que también inspeccionaba por otro lado, dió un silbido de inteligencia y se dejó caer de rodillas entre la hierba, que era por allí bastante alta. Un objeto brillante, tirado entre ella, había atraído su atención.

—¡Aquí, jefe! ¡Mire usted!

—¡Hola! —exclamó—. ¡Otra de aquellas! Y la examinó detenidamente. ¡También esta es falsa, Bob!



—¡Pues vaya unos habitantes extraños los de estos lugares, jefe! ¿Lloverá dinero por aquí?

Apenas había acabado de decir esto, cuando sonó el ruido metálico de una moneda al chocar contra el suelo.

Ambos volvieron rápidamente la cabeza en la dirección de donde venía el sonido; y vieron rodando junto a la pared de madera del molino una moneda brillante como la plata!

Un extraño escondrijo.

Paddy y Bob levantáronse apresuradamente y cruzaron la carretera; el detective se agachó para coger la moneda, y una rápida mirada le bastó para convencerse de que era falsa. Bob abrió los ojos asombrado y los dos miraron al molino.

—Quizá haya alguien ahí dentro que arroje las monedas —sugirió Bob.

Pero Paddy meneó la cabeza negativamente.

—El molino no tiene ninguna ventana; pero en cambio observarás, que encima de nosotros hay una especie de caseta, que en otro tiempo era un cobertizo de una grúa con la cual bajaban los sacos de harina. Y si te fijas, Bob, verás encima del reborde que tiene, por dentro, un saquito de lona.

Bob miró para arriba, y, efectivamente. Allí estaba el saco, abierto, y por la abertura podían verse un montón de monedas de plata.

—¡Parece que hemos tropezado con un caso misterioso, jefe! ¡Quién hubiera creído que íbamos a encontrar aquí un tesoro escondido!

—¡Un tesoro en un molino abandonado, es una cosa incomprendible —observó Paddy— y el misterio que tenemos que

blos y ciudades —dijo Bob—. ¡Cuánto me gustaría echarle mano!

Y el muchacho se puso alerta, pues acababa de oír el galopar de un caballo mezclado con el ruido de un coche; acto continuo se detuvo debajo del cobertizo de la grúa un cochecillo tirado por un caballo. Y los detectives sintieron al que lo conducía ponerse en pie encima del asiento, en cuya posición podía alcanzar al saquito de monedas. Vieron en seguida una mano que se estiraba para cogerlo y oyeron una exclamación de disgusto:

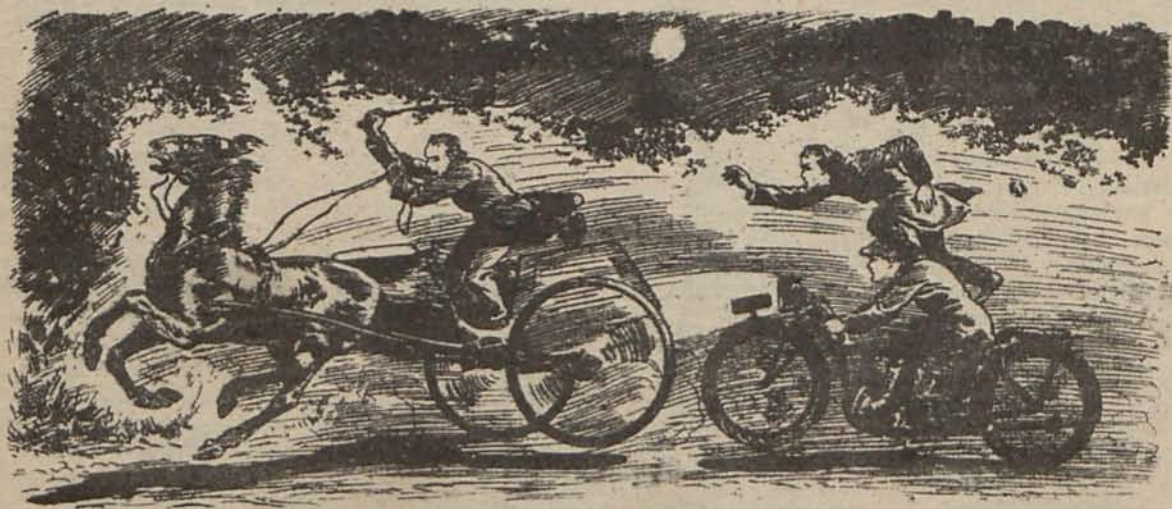
—¡Otra vez los ratones!

Rápido como un rayo, Paddy metió un brazo por el boquete de la pared y agarró la muñeca de aquel hombre. Este, al verse cogido por sorpresa, lanzó una interjección de asombro e intentó desasirse, pero como Paddy no lo soltara, aquel individuo le clavó los dientes en la mano, y el detective se vio obligado a dejarlo libre. En seguida sintieron al caballo trotar por la carretera, y Paddy y Bob, bajaron corriendo del molino para perseguirlo.

Subiéronse al sidecar y se lanzaron en persecución de aquel misterioso individuo. No tardaron en alcanzarlo, a pesar de que iba espoleando incesantemente al caballo y haciéndole sacar hasta el último adarme de fuerza.

—¡Deténgase usted! —gritó Paddy—; pero, por toda respuesta, el fugitivo se volvió hacia ellos, amenazándoles con el puño cerrado. Entonces Bob, con la agilidad de un acróbata, se puso de pie encima del sillín y subióse a los hombros de Paddy, que iba inclinado sobre el manubrio. Detúvose un instante el muchacho en tan peligrosa postura, y luego dió un salto hacia adelante, yendo a caer en la parte de atrás del coche.

De otro salto púsose Bob encima de la espalda del que



averiguar, es por qué hay aquí escondida esa cantidad de monedas falsas.

—¿Cree usted entonces que todas esas son falsas, jefe?

—Así lo creo; pero vamos a cerciorarnos en seguida.

Como las gruesas tablas con que estaba reforzada la pared del molino, ofrecía una manera muy fácil de trepar por ella, el detective subió por uno de los lados hasta el anaquel en que estaba puesto el saquito. Sin embargo, Paddy no lo cogió, limitándose a sacar una moneda de él y a examinarlo minuciosamente; después volvió a bajar.

—Esta, como suponía, también es falsa. Y es cosa segura que lo son todas las demás. Yo me figuro que alguien dejó ahí ese saco para que otra persona lo recogiera; pero algún ratón lo ha encontrado sabroso y lo royó hasta hacer un agujero...

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —asintió Bob entusiasmado.

—Entonces aquí se oculta una trama importante, jefe.

—Sí, hijo mío; y cuanto primero lo descubramos, mejor para todos aquellos a quienes interesa. Primero de todo inspeccionaremos el molino.

—¿Y por qué ha dejado usted el saquito allí?

—Porque no debemos espantar a los que han de venir a buscarlo.

Y mientras así hablaban los dos detectives, iban dando la vuelta alrededor del molino y entraban en él por una puertecita pequeña y baja.

—¡Desde aquí es desde donde han puesto ahí el dinero falso! —explicó a Bob—. ¡Mira cuán fácilmente! No han tenido más que subir al molino y dejarlo ahí, sin que nadie se enterara.

—El individuo que lo ha puesto ahí será el que fabrica las monedas; y el que lo recoge se encarga de pasarlas por pue-

guiaba el coche, le echó un brazo alrededor del cuello, y con el otro, cogió las riendas.

El caballo aminoró la marcha para dejar a Paddy que pasara delante de él; el detective cogió al caballo por la cabeza, y entre él y Bob, hicieron prisionero al individuo que acabó por confesar que casi todos los días iba al molino a buscar un saquito de monedas falsas que le dejaban allí escondido.

Paddy le condujo al pueblo en el coche, dejando a Bob solo en el sidecar. En la Jefatura de policía el inspector oyó la historia de las monedas falsas, y al ver el saco que iba escondido en el fondo del coche, su asombro no tuvo límites.

Todos comprendieron que Gerald Hawes era inocente y lo dejaron en libertad.

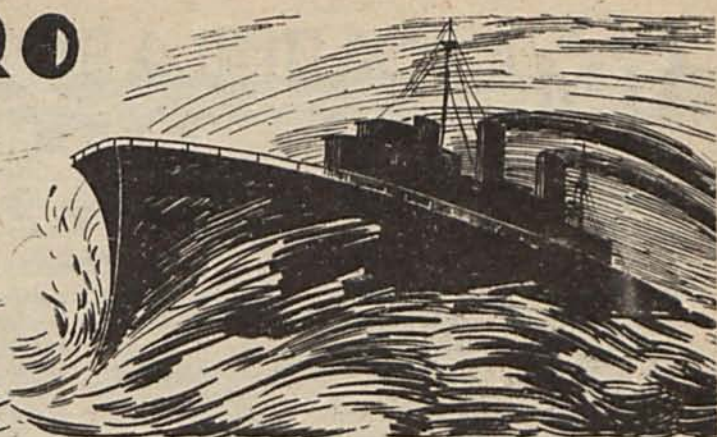
Aquella misma noche se apostaron en las cercanías del molino Paddy, Bob y varios policías, y sorprendieron a varios hombres entrando en el molino. Después de capturarlos, tras una lucha bastante enconada, les encontraron los bolsillos llenos de monedas falsas, y los falsificadores, viéndose ya perdidos, les indicaron el sitio donde tenían instalada una pequeña fábrica para hacer las monedas. Esta estaba en un cobertizo dentro de una cantera subterránea situada a dos kilómetros de distancia del molino, y allí encontró la policía una completa instalación de maquinaria.

Y de este modo, gracias a la presencia de Paddy O'Darrell y de su ayudante en el mercado, aquel día se evitó que llevaran a la cárcel a un inocente y pudieran detener a los peligrosos falsificadores de moneda.

¡¡HA TERMINADO!!

EL CRUCERO SIN NOMBRE

por A.M. GIANELLA



(Continuación.)

—¡Ehl... —respondió uno de los marineros de la chalupa.
—¿Quién vive?
—Fenianos. Traemos al pasajero.
—Muy bien. ¡Ahí va!
Una escala de cuerda fué descolgada inmediatamente y Alberto trepó ligero por ella, saltando sobre la cubierta. La chalupa fué izada a bordo.

El barco era un velero de tres palos, de gaviás y velas cuadradas, que los ingleses llaman *full-rigged ship* y nuestros técnicos nave por antonomasia.

Oyóse tocar un pito y los marineros se lanzaron a las cuerdas, orientando las velas, ya desplegadas, hasta tomar el viento casi de popa.

Lentamente se movieron los mástiles y enfiló el barco su proa hacia el canal de San Jorge, acelerando cada vez más su marcha.

Entonces su capitán se acercó al joven y le condujo a su camarote para informarle.

—¿Dónde vamos? —preguntó Alberto.
—A la América del Sur.
—¿O sea?
—A Buenos Aires.
—¿No tenéis nada que comunicarme?
—De parte de quién?
—Del presidente.
—Tengo un pliego sellado.
—Haga el favor de entregármelo.
—No puedo aún.
—¿Por qué?

—Porque en el sobrescrito hay estas palabras: «Para entregar a Mr. Alberto Wendover en pleno Océano Atlántico». Ahora estamos tan sólo en el mar de Irlanda.

—Está bien; esperaré.
—Os advierto que estoy por completo a vuestra disposición. Vuestros deseos serán órdenes para mí.
—Gracias, capitán; no abusaré de vuestra cortesía.
—Como es plaza.

Los dos hombres se saludaron y se separaron. Alberto estaba cansado, abatido por el insomnio y por las emociones experimentadas; echóse sobre el lecho y se quedó dormido.

Durante los primeros días de navegación, a causa de la poca intensidad del viento, la marcha era lenta y no sin inquietud.

Pasaron la isla de Anglesey y el canal de San Jorge con bastante fatiga; pero una vez en el Atlántico, empezó a navegar como una gaviota.

Al 10° de longitud Oeste el capitán del *Alert*, pues este era el nombre del velero, entró en el camarote de Alberto. El joven estaba sentado junto a la mesa y estudiaba un mapa de la América meridional.

Al aparecer el capitán, púsose en pie.
—¿Qué deseáis, caballero? —preguntó.
—He venido a anunciaros que navegamos en pleno Atlántico.

—¡Ah!
—Y que si así lo deseáis, el pliego sellado del Presidente está a vuestra disposición.
—Entregádmelo cuando gustéis.
—Ahora mismo.

El capitán sacó del pecho un gran sobre cerrado con grandes sellos de lacre, lo entregó a su pasajero y hecha una inclinación de cabeza, se retiró.

Alberto quedó solo, inmóvil, con el pliego en la mano y los ojos fijos en aquellos cinco sellos que parecían cinco grandes pupilas de color rojo que le miraban con aire amenazador.

Una vaga inquietud, una sensación de sutil desconfianza habían hecho presa en él.

¿Por qué?
¿Qué insidia podía estar escondida en aquella simple hoja de papel?

¿Qué tenía él que temer?

Alberto Wendover no se hacía ilusiones sobre el motivo que había inducido a los fenianos a intentar, con medios infernales, casi absurdos y a cualquier precio, su liberación.

Si el reglamento de la secta obligaba a los socios a ayudarse mutuamente, no les obligaba en cambio a arriesgar la vida, el honor, la libertad y la conciencia por salvar a uno que podía haber merecido su castigo.

Por lo tanto, se intentaba hacer de él un instrumento ciego, un esclavo, obligándole por medio de la gratitud a consagrarse por completo al servicio de la causa que perseguía con su gran inteligencia y toda su energía.

No creía en la posibilidad de hacer independiente a Irlanda, separarla de Inglaterra para hacer de ella un reino o una república; era una ilusión, un sueño que había soñado también su padre y que a tantos había costado la vida.

El no detestaba a los ingleses con aquel odio instintivo que aún hoy día anida en el corazón de todo buen Paddy (1); los consideraba tan sólo como opresores de su patria, como verdaderos y únicos culpables de la lastimosa situación moral y, sobre todo, económica en que se hallaba «la pobre Irlanda».

¿Qué era, pues, lo que se quería de él?
Rasgó por fin el sobre y sacó su contenido.

Un trozo de papel cayó al suelo revoloteando. Alberto se inclinó rápidamente para recogerlo, y al mirarlo se sobresaltó.

Aquella hoja era un cheque por valor de cien mil libras esterlinas contra el Banco Británico de la América del Sur, en Buenos Aires, calle Piedad, 400.

¡Dos millones y medio de pesetas!
Un escalofrío le recorrió el cuerpo; de la enormidad de la suma dedujo inmediatamente la gravedad del encargo. Con mano temblorosa desplegó el otro papel y leyó:

«COMITÉ SECRETO DE LA LIGA DE LOS FENIANOS»

Dirección General de los Clubs.

Mr. Alberto Wendover.

En el momento en que vos, hermano, recobrais la libertad, será preciso sepais a qué precio y por quiénes la habéis obtenido.

Hoy, según deliberación del Comité Secreto, Dirección general, presentes todos los Presidentes de los clubs ingleses, decidíse vuestra evasión de la cárcel de Liverpool, y fueron aprobados los medios siguientes: provocar el incendio del establecimiento penal haciendo colocar, por un carcelero sobornado, dentro del depósito de la leña un mecanismo de relojería que, a la hora señalada, debería inflamar un poco de estopa alquitranada, la cual a su vez prendería fuego a los haces.

Dada la vetustez del edificio, el incendio avanzaría con tal rapidez y violencia, que la Dirección se vería obligada a hacerle desalojar.

Sucedido esto, todos los fenianos del club de Liverpool, mezclados con las turbas, provocarían en el instante oportuno un tumulto cuyo fin sería sustraerlos a la policía, aunque la empresa les costase la vida.

Ahora, hermano, comprenderéis la obligación que habéis contraído con todos los fenianos y con el Comité Secreto, que todo lo arriesga por salvaros.

Mucho esperaba de vuestra inteligencia y de vuestra energía la santa causa de la independencia de Irlanda; estamos, pues, seguros de que recibiréis con fe las siguientes órdenes y de que las pongáis en práctica con firme propósito por parte vuestra.

(1) Nombre que suele darse a los irlandeses en son de broma. A propósito de este odio, puede recordarse el hecho de que en la guerra boer un coronel irlandés, llamado Caw, si no nos equivocamos, combatió contra los ingleses, bien convencido de que su acción era verdaderamente patriótica. Fué procesado por delito de alta traición contra Inglaterra.

(Continuará en el número próximo.)



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE

LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Aquél echó a andar y, siguiéndole el rey, fueron hasta el tesoro. Nada: lo encontraron completamente vacío. El rey, viéndose humillado, exclamó:

—¿Quién se ha atrevido a asaltar mi tesoro sin tener miedo a mi poder?

Y se enfureció violentísimamente. Y saliendo de allí, reunió enseguida al Consejo. Vinieron los grandes dignatarios del ejército, y cada cual pensaba que el rey estaba enfadado con él.

—¡Soldados! —dijo el monarca—. Os comunico que mi tesoro ha desaparecido esta noche y no se sabe quién ha cometido tal acción, y se ha atrevido contra mí sin temer mi autoridad.

—¿Cómo ha sido? —le preguntaron.

—Interrogad al tesorero —les contestó.

—Ayer —dijo éste— el tesoro estaba lleno; hoy he entrado y lo he hallado vacío, sin señales de haber sido rotas las puertas ni forzadas las cerraduras.

Admiráronse todos los soldados de lo que sucedía y ninguno daba contestación. Hasta que el arquero que había denunciado a Sálím y a Sólím al rey, dijo:

—¡Oh rey del tiempo! Toda la noche he estado entreteñido viendo a los albañiles que trabajaban, y cuando ha amanecido he visto levantado un palacio sin semejante. He preguntado y me han dicho que ha vuelto Chaudar, que ha hecho construir este hermoso edificio, que tiene muchos esclavos a su servicio, que ha traído riquezas considerables, que ha libertado a sus hermanos de la prisión y que él está en su casa con aires de sultán.

—Mirad el calabozo —dijo el rey.

Tampoco allí estaban los prisioneros. Y una vez informado de ello, el monarca exclamó:

—Está claro quién es mi ofensor: el mismo que ha librado a Sálím y a Sólím es el que se ha llevado mis riquezas.

—Señor, ¿quién es él? —preguntó el visir.

—Su hermano Chaudar, que se ha llevado también la alforja. Pero, ¡oh visir!, envía un emir con cincuenta hombres que lo detengan en unión de sus hermanos, que pongan sellos en todos sus bienes y que me traigan a los presos para que yo los ahorque. ¡Vivo! —exclamó con furia.

—Sé clemente —replicó el visir—. Ten paciencia, señor; yo te daré un plan y tú sabrás la verdad del asunto, y lo que desees lo conseguirás, ¡oh rey del tiempo!

—Dime tu plan, ¡oh visir!

—Envíale un emir e invítalo a comer en tu casa. Yo estaré muy atento, le fingiré amistad y trataré de averiguar su condición. Después de esto veremos; si por su valor es de temer, emplearemos con él la astucia; si vemos que su fuerza es poca, lo puedes apresar y hacer con él lo que quieras.

—Manda a invitarlo —ordenó el rey, aprobando la idea del visir.

Y mandó a un emir, llamado Otsmán, que fuera a casa de Chaudar y lo invitara diciéndole: «El rey te suplica que aceptes en su casa la hospitalidad». Y el rey le encareció mucho que no volviera sin traerle consigo a Chaudar. Era este emir estúpido y altanero. Cuando llegó a la puerta del palacio vio en ella un esclavo sentado en una silla. El esclavo no se levantó al ver a Otsmán ni dió muestras de haberlo visto: lo mismo que si no viniera nadie. El emir, que llevaba detrás cincuenta hombres, le preguntó:

—Esclavo, ¿dónde está tu señor?

—En el palacio —le contestó displicente, y siguió sentado.

—Enfurecióse el emir Otsmán y le dijo:

—Esclavo de mal agüero, ¿no te da vergüenza que mientras que yo te hablo tú sigues sentado como un muerto?

—Márchate y no hables más —le replicó.

Al oír esta respuesta llegó a su colmo la furia del emir y enarboló su maza con ánimo de golpear al esclavo: no sabía que era un Genio. Cuando lo vio alzar la maza se levantó, se abalanzó sobre él, le arrebató la maza y le dió cuatro golpes. Los cincuenta soldados salieron en defensa de su jefe, y desenvainaron las espadas con intención de matar al esclavo. Este les dijo: «¿Sacáis las espadas, perros?», y se lanzó contra ellos. A todo el que tocaba con la maza le rompía los huesos y lo dejaba bañado en sangre. Los derrotó y huyeron ante él, que no dejaba de golpearlos, marchándose de las puertas del palacio. El volvió entonces y se sentó en su silla, sin preocuparse de nadie.

El emir Otsmán y sus cincuenta hombres, derrotados y

maltrechos, volvieron a presencia del rey Xems Eddaula y le informaron de lo que les había pasado. El rey se enfureció y ordenó que fueran cien hombres. Y a los ciento los volvió a derrotar el esclavo a golpes de maza. Envió el rey a doscientos y les ocurrió lo mismo que a los otros. Entonces el monarca dijo al visir:

—Te mando que vayas con quinientos hombres y cojas a ese esclavo y a su dueño Chaudar y a sus hermanos, y me los traigas aquí en seguida.

—¡Oh rey del tiempo! —contestó el visir—, no necesito soldados; iré yo solo y sin armas.

—Anda y haz lo que se te ocurra —dijo el rey.

Quitóse el visir todas las armas, vistióse un traje blanco, en señal de paz, y tomando un rosario en la mano se dirigió solo al palacio de Chaudar. El esclavo estaba en la puerta; el visir se acercó a él y se sentó a su lado con cortesía.

—¡La paz sea sobre ti! —le dijo.

—¡Sobre ti sea la paz, hombre! —le contestó—. ¿Qué deseas?

Cuando el visir oyó que el otro pronunciaba la palabra «hombre», comprendió que era un Genio, y tembló de miedo. Y le dijo con el mayor respeto:

—Señor mío, ¿está tu señor Chaudar aquí?

—Sí, en el palacio —le contestó.

—Ten la bondad, señor, de ir a su presencia y decirle: «El rey Xems Eddaula te suplica que aceptes su invitación, te saluda atentamente y te ruega que honres su morada y recibas su hospitalidad.»

—Espérate aquí a que se lo diga.

El visir se quedó esperando en postura muy respetuosa. El Genio subió al palacio y dijo a Chaudar:

—Señor, ha venido de parte del rey Xems Eddaula un emir con cincuenta hombres armados y los he derrotado; igual he tenido que hacer con él cuando ha vuelto con ciento y con doscientos hombres; ahora el rey te manda a su visir, sin armas, y por medio de él te invita a que aceptes una comida en su casa. ¿Qué respondes?

—Haz que el visir llegue hasta aquí.

Bajó el Genio del palacio y dijo al enviado:

—¡Oh visir! Mi señor quiere hablarte.

—Con mucho gusto —contestó el visir.

Y subió y entró a la presencia de Chaudar: parecióle más grande que un rey. Estaba sentado en una habitación amueblada como el rey no podía hacerlo; quedó confundido ante la belleza del palacio, de sus pinturas, de su decoración; hasta el visir mismo, comparado con Chaudar, parecía un mendigo. Prosternóse en tierra, pidió a Dios por él, y Chaudar le preguntó:

—¿Qué deseas, visir?

—¡Señor! —contestó—. Decirte que el rey Xems Eddaula es tu amigo, que te envía sus saludos y desea vivamente conocerte; ha preparado en honor tuyo un banquete; ¿querrás honrarlo con tu presencia?

—Puesto que el rey se llama mi amigo —replicó Chaudar—, saludalo en mi nombre y dile que venga él a mi casa.

—Obedeceré —dijo el visir.

Chaudar, por medio del anillo, mandó al Genio que trajese un vestido de la mejor calidad, que se lo entregó al visir diciéndole:

—Póntelo y vete a informar a tu señor de todo lo que te he dicho.

Salió de palacio, y vestido con aquel traje magnífico se presentó al monarca y le contó la situación de Chaudar, le alabó la riqueza y hermosura del palacio y le comunicó la invitación de Chaudar.

—¡Soldados, levantaos! —gritó el rey.

Todos se presentaron rápidamente, y el soberano les ordenó:

—Montad en vuestras cabalgaduras y traedme mi caballo para ir a ver a Chaudar.

El rey, con todo su brillante séquito de caballeros, se dirigió al palacio del antiguo pescador del Cairo. Este había dicho al Genio del anillo:

—Quiero que me traigas algunos genios servidores tuyos, en figura humana, para que hagan el papel de soldados, que estén en el patio de palacio para que los vea el rey y se espante y se aterre ante ellos, su corazón tiemble y se entere de que mi poder es superior al suyo.

(Concluirá en el número próximo.)

EL PAIS DE LOS HOMBRES NECIOS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Jack, nacido en Londres, quiso hacer un viaje por el mundo, y después de recorrerlo en todas direcciones, cansado ya de ir y venir, resolvió instalarse en Betracia, pequeña aldea muy pintoresca, rodeada de colinas matizadas de flores y escondida entre castaños y limoneros.

Jack no era, ciertamente, un caballero de alto rango, sino simplemente un campesino enriquecido en el comercio de plantas y de frutas. Así, al ver esa aldea tan graciosa y tranquila, recordó el pueblecillo en que había nacido, y en el cual sus padres estaban ya enterrados, y no deseando volver a él por esta circunstancia dolorosa, tomó la resolución de quedarse a vivir en la pequeña Betracia.

Y como la vida del hombre solo es monótona y triste, determinó casarse con Videla, hija única de los esposos Vadelin, dueños de la granja llamada La Alondra.

Aquella muchacha, amable y buena, que tenía unos lindos ojos grises, fué la elegida por Jack.

Y como los padres de Videla estuvieron de acuerdo en aceptar por yerno al mozo, el matrimonio se llevó a efecto inmediatamente.

A la fiesta no acudieron muchas personas, porque Jack, poco amigo de jolgorios, se abstuvo de repartir con largueza las invitaciones.

Así, pues, el acto del matrimonio se efectuó en la intimidad; pero no faltó el contento en él ni faltaron los brindis pronunciados en honor de los novios.

Los señores Vadelin, que adoraban a su hija, no consintieron en verla partir de la granja, y, de acuerdo general, se dispuso que los nuevos esposos continuaran viviendo en La Alondra, donde se les arregló un departamento cuyas ventanas y puertas miraban al jardín.

Todo parecía augurar una ventura completa a los jóvenes esposos, por más que, debido a la prontitud con que el matrimonio se había verificado, Jack y Videla no habían tenido el tiempo necesario para tratarse y conocerse. Pero los señores Vadelin repetían con tanta asiduidad esta frase: «¡Qué feliz va a ser Jack cuando esté casado con nuestra Videla!», que el joven, confiado en esta exclamación más que en nada, procedió con rapidez a fijar la fecha de la boda. Y el día señalado se llegó más pronto de lo que el mozo esperaba.

Mas eran tan bellos los ojos grises de la joven, y ella parecía tan dulce y buena, que Jack se alegró de ver llegado el momento de verse unido con Videla.

Así, la fiesta de la boda puso en su corazón una alegría reconfortante y nueva que no recordaba haber gozado después de la muerte de sus padres.

Y por algunos días esta alegría tuvo a Jack en perfecta dicha. Su mujer cuidaba con esmero del departamento que se les había señalado, todo relucía en él como el oro, regaba los tiestos del corredor, alimentaba los patos y las gallinas, bordaba y tenía para su marido muchos mimos.

Pero al finalizar el verano, cuando en la cueva se amontonó la gran pirámide de leña para prepararse a recibir los fríos del invierno, una mañana en que Videla bajó con objeto de ver si ya la leña tocaba al techo, pues era la señal de que ya había madera suficiente, un repentino temor de que la pirámide se viniese abajo y la aplastara condujo a la joven a las más dolorosas consideraciones, y

echándose a llorar como una niña de ocho años, se arrinconó en el otro extremo de la cueva y comenzó a monologar de este modo:

—¡Santo Dios! ¿Qué hubiera sido de mí si esa pirámide se me hubiese caído encima? En estos momentos estaría yo aplastada como un ratón. Mi marido se hallaría viudo, mis padres se encontrarían desolados y mis amigos inconsolables... ¡Qué suceso tan horrible! ¡Qué desgracia tan tremenda! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué caso tan espantoso!...

Y Videla, siempre en el rincón, lloraba sin consuelo, olvidada de todo, preocupada solamente en enjugar sus lágrimas y en derramar otras nuevas, que eran cada vez más abundantes, más sinceras, más sin término.

Llevaba ya una hora de llorar, cuando la madre, advirtiendo la ausencia de su hija, bajó a la cueva para buscarla.

—¿Qué te pasa, amor mío? —le dijo corriendo hacia ella con solícita ternura.

—¡Qué me ha de pasar! —le respondió Videla sin dejar de lanzar terribles sollozos—. Una cosa tremenda: que al acercarme a esa gran montaña de leña me he escalofriado pensando qué sería de mí si esa altísima pirámide se me cayese encima. Imagina solamente lo que yo sería en estos instantes si tal cosa hubiera sucedido; no levantaría yo del suelo más allá de lo que alza un bichillo aplastado... ¿Te parece poco? He creído morir de pavor. Ha sido una impresión espantosa...

La señora Vadelin, con los ojos más abiertos que dos grandes ventanas, escuchó el relato de su amada hija, y después de aprisionarla entre sus brazos con movimiento de leona a la que tratan de arrebatar su cachorro, exclamó entre sollozos:

—¡Santo Dios! ¿Qué hubiera sido de ti si la leña te hubiera aplastado? ¿Y qué de mí, y qué de tu padre, y de tu marido, y de tus amigos, y de toda la aldea? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué espantosa catástrofe! ¡Qué desgracia tan horrible!

Y, lo mismo que Videla, su madre, sosteniendo aún a la joven entre los brazos, empezó a llorar copiosamente, sin medida, sin término, empapando el pañuelo, el delantal y hasta los ladrillos que pavimentaban la cueva.

Una hora llevaba ya de acompañar a Videla en sus sollozos, cuando el señor Vadelin volvió de las faenas del campo.

—¿Dónde están Videla y mi mujer? —preguntó amablemente a Jack, que se paseaba con impaciencia por el patio de la granja.

—Están en la cueva —repuso el mozo—, e ignoro qué hacen allí; llevan ya dos horas de encierro. Quizá se ocupen en cambiar de sitio la leña. Es ya la hora de comer, pero nada he dicho porque no quiero aparecer como un marido exigente. He preferido esperar.

—Voy yo a ver qué es lo que pasa —dijo el señor Vadelin tomando el rumbo de la cueva.

Y cuando estuvo, por fin, al lado de su hija y de su mujer, ésta, sin dejar de llorar ni un solo instante, contó el sucedido, o, para hablar con mayor propiedad, contó lo que pudo suceder.

—¡Piensa qué horrible catástrofe si esa altísima pirámide de leña hubiese caído encima de esta niña inocente! ¡Sólo de pensarlo siento que me muero!

—¡Cómo! —exclamó horrorizado el señor Vadelin mientras se pasaba la mano por la frente para ahuyentar de ella la horripilante idea de tan terrible catástrofe—. ¡Cómo! ¿Ha estado esta niña





amenazada de ese peligro tan tremendo? ¿Se acercó demasiado y la pirámide comenzó a desahacerse? ¿La hirió quizás?

—No —le dijo su mujer—. Nuestra Videla está completamente ilesa por un milagro; pero piensa, piensa, querido Vadelin, piensa lo que hubiera sido de la niña y de nosotros si una cosa semejante hubiese llegado a suceder...

—¡Qué horror! —exclamó Vadelin cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¡Qué horror! La aldea entera se hubiera consternado ante desgracias tan espantosa.

Y sacando el pañuelo y abrazando convulsivamente a su mujer y a su hija, se echó a llorar lo mismo que un niño, sin dejar de exclamar como un monomaniaco:

—¡Qué catástrofe tan tremenda! ¡Qué horrible catástrofe!

El señor Vadelin llevaba ya una hora de estar en la cueva entregado a sus lágrimas, cuando el administrador llegó a la granja en busca del amo.

—Parece que se encuentra muy ocupado —le dijo Jack con marcada impaciencia—. Hace tres horas que Videla, mi mujer, y sus padres están encerrados en la cueva. Ignoro lo que acontece. Yo, por no parecer un marido indiscreto, no he bajado a informarme de lo que pasa. Pero bien sabe Dios que me muero de hambre, y en esta casa aún no hay fuego en las hornillas... No sé lo que pasará.

—Voy a indagarlo al punto —dijo el administrador tomando el rumbo de la cueva.

Y cuando, una vez en ella, se enteró de todo, levantó los brazos en actitud de consternación, exclamando a grandes voces:

—Sólo un milagro nos ha librado de ver a esta querida niña hecha una masa bajo ese monte de leña. Sólo una maravilla del cielo ha impedido un acontecimiento tan horrible. Demos gracias a Dios; pero no dejemos por eso de lamentar la impresión espantosa que ha tenido la inocente criatura al considerarse hecha una tortilla bajo esa montaña de madera. ¡No sé cómo ha podido sobrevivir después de una impresión semejante!...

Mientras tanto, Jack, que se moría de hambre, y toda la servidumbre de la granja esperaban en el patio sin comprender una palabra de lo que acontecía.

—No sé qué asunto tratan

—decía Jack a los jornaleros—; pero debe de ser de importancia, puesto que la sesión dura tanto tiempo. Y yo no me atrevo a presentarme donde no me llaman; así, pues, tendremos que esperar tranquilamente.

—Si yo pudiese inquirir... —se atrevió a exclamar uno de los jornaleros.

—Baja si así te place —le dijo Jack.

Y el campesino, sin esperar otra palabra más, cruzó el extenso patio y bajó rápidamente la escalera de la cueva, donde halló a sus amos y al administrador en pleno llanto, como si no llevasen ya muchas horas de ocuparse en esa difícil tarea.

Pronto aquel coro de angustiados puso al jornalero en autos de lo que ocurría, y un instante después el campesino tomaba ya parte en el llanto con la misma religiosidad que los que acababan de darle la lección.

Y como pasada una hora el jornalero no retornase aún, otro de aquellos hombres pidió la venia para bajar, y otros más. Pero como ninguno retornara y el sol estuviese ya también bajo el horizonte, Jack, en el colmo del asombro y de la indignación, bajó en persona para pedir explicaciones.

—¿Cómo te atreves a demandarlas —dijéronle con gran cólera

sus suegros—, cuando esta niña se encuentra aún bajo la horrible impresión de lo que sería en estos instantes si toda esta leña se le hubiese caído encima? Nada exijas y ven con nosotros a meditar en semejante catástrofe.

Efectivamente —dijo Jack—, la cosa vale la pena de ser meditada largamente. Subo, pues, para pensar en ella.

Y después de hacer algunos juicios sobre su situación, dijo a los jornaleros, que estaban en el patio esperando aún:

—Anunciad a mi mujer que parto, y que sólo volveré si llego a encontrar otras mujeres más tontas que ella.

Y dicho esto salió de la granja y luego de la aldea; mas no había avanzado gran cosa en la próxima ciudad, cuando se encontró con tres mujeres que conversaban en el quicio de una puerta.

—¿Es ésta la capital del reino? —preguntóles.

—Sí, señor —le respondieron las mujeres mirándole con alguna curiosidad.

—Quisiera yo saber —dijo el mozo después de una pausa, examinando atentamente los rostros que tenía delante—, quisiera yo saber si esta hermosa ciudad está por completo libre de mujeres tontas.

—Así es la verdad —le respondieron las interpeladas—. Ni para remedio se encuentra en la ciudad una esposa tonta... Porque los

tontos aquí son los maridos.

—¿Es posible? —dijo Jack, sintiendo que algo de la humillación en que allí se envolvía una parte del sexo fuerte recaía sobre él—. ¿Es posible?... Francamente, no lo creo.

—Pues es muy fácil convenirse —volvieron a decir en coro las tres mujeres.

—¿Y cómo? —dijo Jack.

—Muy sencillamente: viniendo con nosotras a casa.

—Estoy dispuesto a seguirlos. Vamos a donde sea preciso.

—Comencemos por mí —dijo una de ellas—. Justamente a esta hora Juanón, mi marido, tiene por costumbre tocar el acordeón junto a la ventana de su cuarto que da para el patiecillo. No hay sino seguirme. Yo entraré hasta donde él está y será muy fácil oírnos desde la puerta.

Jack siguió a la mujer, y colocándose detrás de la puertecilla que daba hacia el corredor, pudo hacerse cargo de todo.

—¿Qué es lo que estás tocando? —dijo la mujer al entrar.

—Toca la marcha de *El Soldado* —repuso el marido con gran amabilidad—. Nunca me he sentido tan contento como hoy, tan bien dispuesto para la música, tan fuerte y tan lleno de salud...

—Pero ¿qué es lo que estás diciendo, Juanón? —le gritó la esposa interrumpiéndole—. Nunca, por el contrario, te había yo visto tan abatido, tan débil, tan pálido y tan desalentado como hoy. Inmediatamente, hijo mío, deja el acordeón en paz y métete en la cama, porque estás muy enfermo.

—¡Cómo! —exclamó el marido en el colmo del asombro—. ¿Pero no acabo de decirte que me siento perfectamente bien?

—Nada me importa lo que sientas o dejes de sentir. Te digo que estás enfermo. Deja la música, desnúdase en el acto y métete en la cama.

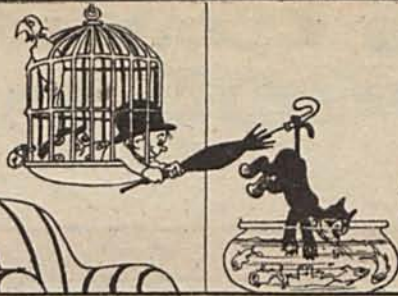
—¿Es posible? —dijo el pobre Juanón, tratando aún de oponer alguna resistencia al mandato de su mujer.

—Posibilísimo —repuso ésta, yendo ya hacia su marido para ayudarlo a desnudarse—. Cuando te digo que estás enfermo es porque así es. ¡A la cama inmediatamente!

(Concluirá en el número próximo.)



YA TENGO A CAÑAMÓN ENCERRADO DONDE NO ME MOLESTARÁ MIENTRAS VOY DE PASEO.



POTIPÁN Y CAÑAMÓN

YA OIGO LA VOZ DE POTIPÁN, QUE SIMPÁTICO! ME COM-
PONDRE UN POQUITO!



¡YO NECESITO
HACER QUE
TENGAS JUICIO
DE ALGÚN MO-
DO! ¡A VER SI
ASI LO CON-
SIGO!

¡CONSE-
GUIDO!
¡PERO NO
DÉE MÁS!

¡PAFF!



¡AY!



¡PERO QUE
TE PROPONES!
¡BANDIDO!

¡CON USTED
NO ME PROONGO
NADA! ¡ESTABA
SACUDIENDO EL
POLVO A CAÑAMÓN.



¡PUÉS ESO
ESTÁ MAL
HECHO, SE-
ÑOR POTI-
PÁN!

¡QUE HARÍA USTED
SI JUGASEN AL FUT-
BOL CON SU SOM-
BRERO?



¡PERO HOMBRE, DÓNDE
ESTA SU SENTIDO COMUN!
¡NO COMPRENDE QUE ESE
SOMBRERO DEBE USTED GUAR-
DARLO PARA QUE CUANDO CA-
ÑAMÓN SEA MAYOR RECUERDE
SUS TRAVESURAS INFANTILES!



¡ERES ENCANTADOR,
CAÑAMÓN! ¡POR QUE
NO TE VAS CON TUS AMI-
GOS A JUGAR A LA
PELOTA!

¡PORQUE
LA HEMOS
PERDIDO!



¡ANDA VAMOS
A BUSCARLA, YO
TE AYUDARE.
¿DÓNDE CREES
QUE ESTARÁ?



¡YO NO LO SÉ!
¡SE SALIO POR
ESA VENTANA!



¡MIRE SEÑOR POTIPÁN,
MIRE LO QUE ACABA DE
HACER SU HERMANITO
CON EL CRISTAL DE MI
VENTANA! ¡LO TENDRÁ
USTED QUE PAGAR!

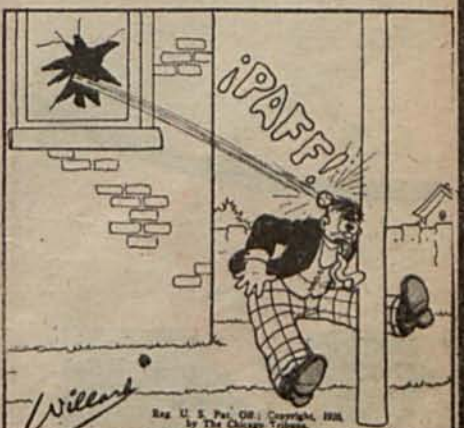
¿QUIEN
YO?



¡ESE CRISTAL LO DEBE
USTED GUARDAR PARA
CONSERVARLO CON MI
SOMBRERITO. ASI CA-
ÑAMÓN TENDRÁ
RECUERDOS DE
SUS TRAVE-
SURAS INFAN-
TILES!



¡PAFF!



Reg. U. S. Pat. Off. Copyright, 1931,
by The Chicago Tribune.

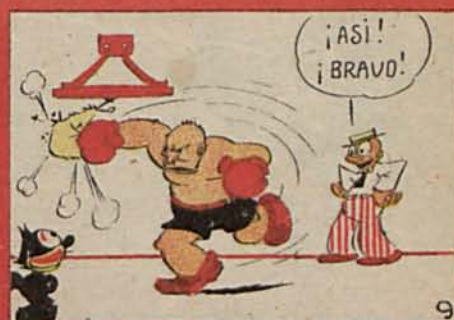
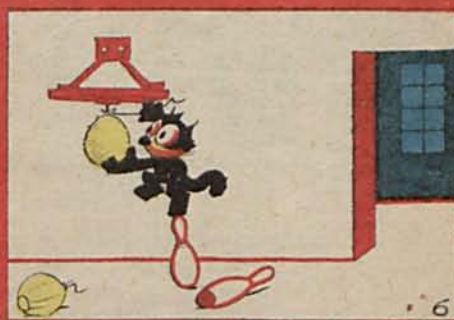


DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



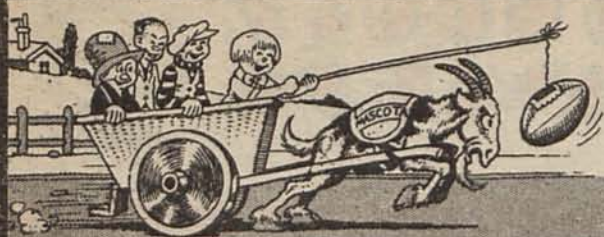


DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.

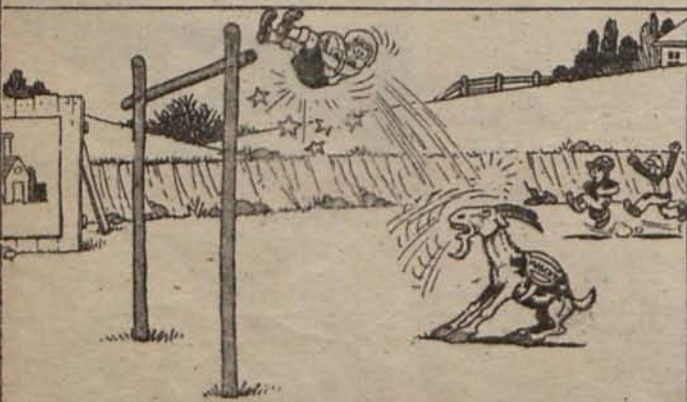


LAURA, LA COTORRA INDISCRETA





COLORÍN Y SU PANDILLA



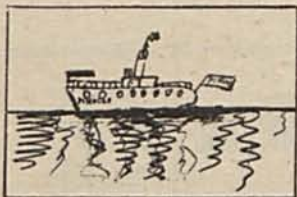
BRANNER

Size U. S. Pat. Off. Copyright 1926 by The Chicago Tribune

COLABORACION PINOCHISTA

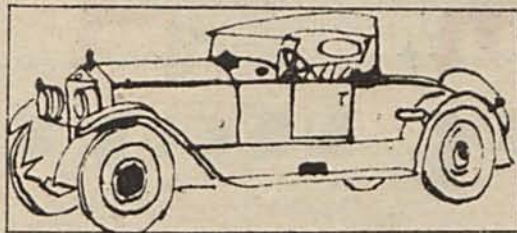
DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

Todos los suscritores pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección.
Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Barco de Pinocho.

GONZALO HEVIA.
Diez años. Pontevedra.



Mi «auto».

ENRIQUE ESQUIVIAS.
Catorce años. Sevilla.

CUPÓN DE COLABORACIÓN PINOCHISTA
CORRESPONDIENTE AL NÚM. 94
Envío del suscriptor (1) Don

(1) Sólo los suscritores pueden colaborar en esta sección.



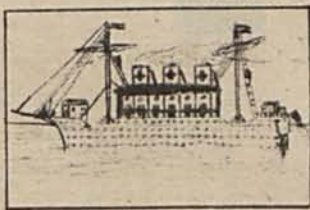
Un explorador.
RUBÉN GUTIERREZ.
Nueve años. Managua.



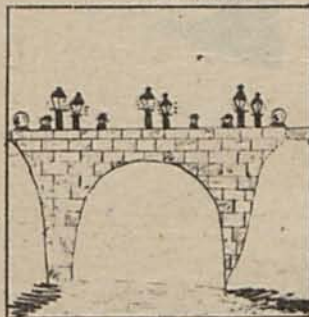
Mi casa-castillo.
FRANCISCO LÓPEZ.
Diez años. Madrid.



Don Piruli va de paseo.
A. P.—Madrid.



Un trasatlántico.
ENRIQUITO C. LATORRE.
Doce años. Madrid.



Puente.
CARMEN LOSADA.
Siete años. Madrid.



Gazapito y Gazapete.
JUAN URÍA.
Diez años. Hernani.



Pinocho, «jockey».
ANIBAL ESTRADA.
Nueve años. Avila.



Currinche.
PEPÍN LOSADA.
Once años. Habana.



Mi mamá comprando el PINOCHO.
JUAN AGUADO.—Madrid.



Pirula saltando a la comba.
MARIA LUISA FORNAS.
Cáceres.

El castigo de un haragán.

Era Pedro un muchacho muy haragán; además de ser haragán era envidioso y aprovechador, porque, sin más, castigaba a los muchachos más chicos que él; si iba a la escuela lo tenían que expulsar a los primeros días, y era, además, muy sucio. Antonio, en cambio, no era así: él era aplicado, bueno e incapaz de hacer cualquier travesura. Un día, Antonio, se dispuso a hacerle a Pedro una broma: era por la tarde, hacia un calor sofocante, y tomó Antonio un pico y una pala, se dirigió al potrero de la esquina y comenzó a hacer un pozo ancho. Haría un cuarto de hora que Antonio se hallaba trabajando cuando al potrero llegó Pedro, y viendo a Antonio trabajando tan afanosamente, le preguntó:

—Dime, buen tonto, para qué haces ese pozo.
—Para buscar un tesoro que se halla a tres metros bajo tierra —fué la respuesta de Antonio.

Pedro, al oír esto, se puso como loco, y le dijo a Antonio:

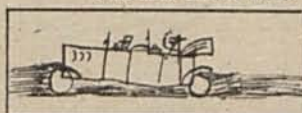
—Sal de aquí, ladrón; ese tesoro me pertenece a mí, puesto que fué mi abuelo el que lo enterró.

E inmediatamente fué a su casa en busca de un pico y una pala; luego fué nuevamente al potrero, y, ¡qué calor, ni vergüenza, ni cansancio!, se puso a trabajar de una manera sorprendente, que hasta parecía que el trabajo le hacía bien, pues no se quejaba de nada. ¡Eso era trabajar!

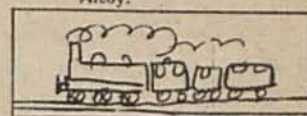
Y ahí estuvo el pobre trabajando, durante tres consecutivas horas, al rayo del sol, en busca del ansiado tesoro; ¿pero qué?, si ni que hubiera estado mil habría encontrado algo, puesto que todo era una estratagema de Antonio para hacer trabajar a un haragán.



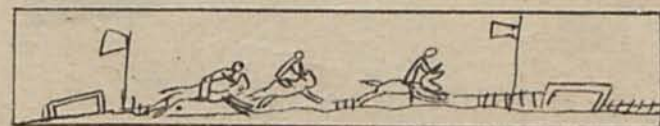
Camino de Estepona.
A. RUBIO.



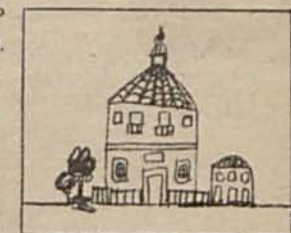
JOAQUÍN ZUGASTI.
Doce años. Buenos Aires.



El mixto de Avila.
JOAQUÍN ALONSO.



Carreras de caballos.
PEPITO SANZ.—Alicante.



La casa de mi tía Lola en Liria.
JAIME PORCAR.
Liria.

Pinocho visita el Japón.

No era posible que Pinocho estuviese sin aventuras, y pensó en irse al Japón. Un día dijo: «Yo tengo que ir al Japón; pero ¿cómo ir? No tengo mucho dinero disponible; y pedirle prestado dinero a Currinche, a Turulato o al Barón de la Castaña, no, ¡jamás! ¡pues qué dirían de mí!

«Puede que tenga algo Pirula; pero ¡cualquiera de aquí al Japón...! Bueno, ya nos las arreglaremos. Pero Pirula no se va a venir a pie».

Desde entonces no se le veía a Pinocho. ¿Estaría discutiendo el modo de irse?

Un día dijo a Pirula: «Prepara la maleta, que mañana nos vamos al Japón.»

Pirula, de alegría, dió un salto que pegó en el techo (y no soy andaluz). Al día siguiente esperaba en la puerta de la casa un coche famoso: era una cesta, por ruedas dos quesos Gruyere, y dos caballos pura sangre que había comprado Pinocho.

Le dijo Pinocho a Pirula: «Vamos sólo por un día, porque nuestras ocupaciones no nos permiten más; hemos venido porque ya la sangre me estaba friendo de estarme quieto.»

No había terminado de hablar Pinocho, cuando, ¡oh sorpresa!, ven a los caballos parados y cientos de chinitos alrededor del famoso carruaje; todos los chinos empezaron a tirarles de los vestidos; otros, más atrevidos, agarraban a Pinocho de la nariz, y hasta otros, más golosos, se comieron los quesos que hacían de ruedas.

Pirula dijo: «¿Dónde podremos hospedarnos?»

«Kim, kan, kum, chan, kom, kin, chon.»

«¡ros a la porra», dijo Pirula. «¿Qué kan ni qué ocho cuartos, si no hemos traído perro?»

Después de comer fueron a bañarse al río, y al salir se vieron con cincuenta mil chinos, que armaban el mismo griterío de antes. Como no les entendían, a Pinocho se le ocurrió hablar en francés con el que le parecía de mayor categoría; y pudieron entender que les decían que tenían que ir presos por haberse metido en el río.

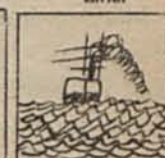
Pirula y Pinocho se hicieron señas y echaron a correr, y todos los chinos fueron detrás de ellos.

Pirula desparramó veinticinco cajas de polvos de pica-pica, y todos empezaron a estornudar, no pudiendo cogerlos. Ellos embarcaron y llegaron en seguida a Madrid, donde les esperaban con ansiedad Currinche, Turulato y el Barón con su mujer.

ENCARNACIÓN MATRO.
Trece años. Valladolid.



Mi maestro.
JACINTO SARGA.
Once años. Cuenca.



El Alfonso XIII.
RAMÓN EIJEN.
Castellón.



El Doctor Peón.
LUIS ADARVE PRADA.
Nueve años. Jaén.



Mi mamá comprando el PINOCHO.
JUAN AGUADO.—Madrid.



Pirula saltando a la comba.
MARIA LUISA FORNAS.
Cáceres.



Ayer, por la Malaqueta, pasó Don Turulato en su bicicleta.
RAFAEL CONDE.
Nueve años. Málaga.



El Tong es mi gato.
LOLA BOLAÑOS.
Salamanca.

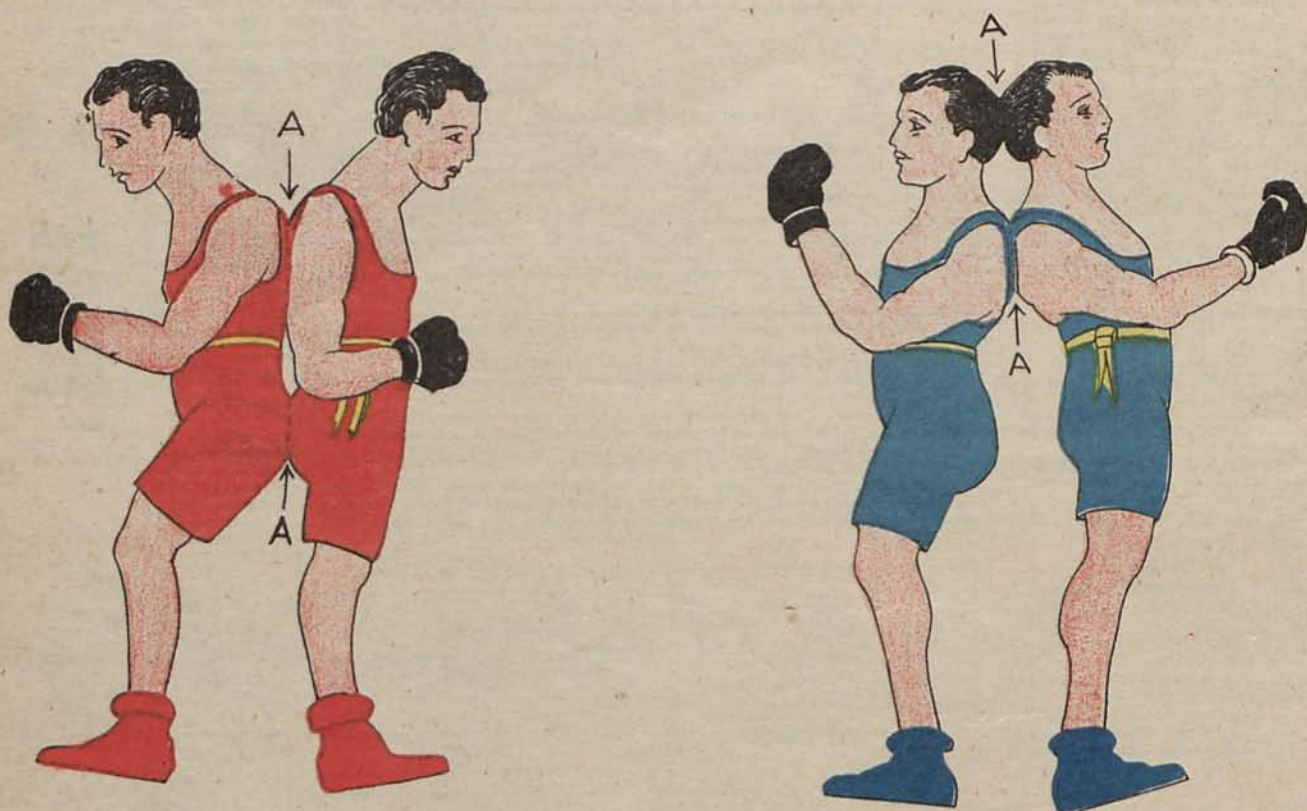


El paso del regimiento.
ANTONIO GARCÍA MARCO.
Soria.

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



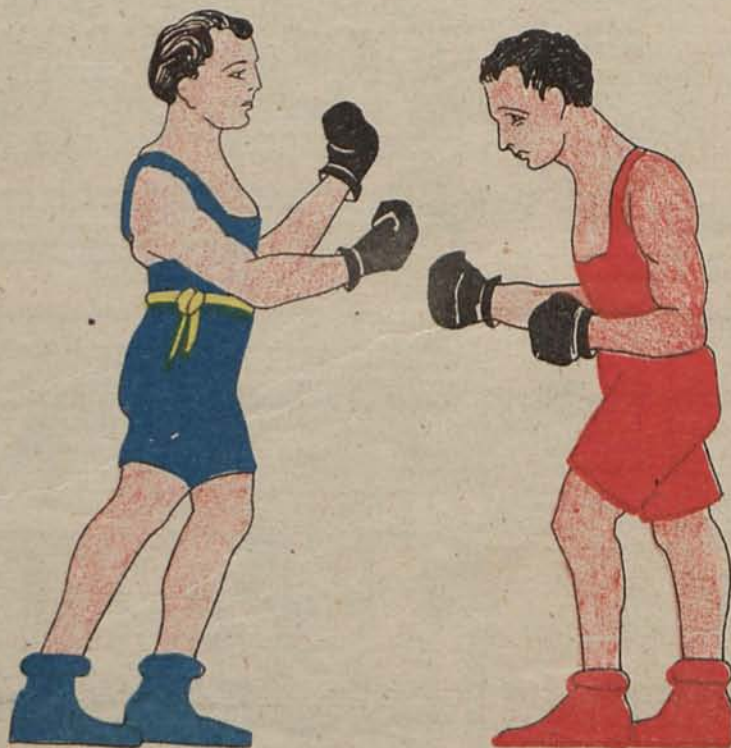
INSTRUCCIONES

Los boxeadores.—Tanto el rojo como el azul recortarlos por su línea exterior con mucho cuidado, y doblarlos por la línea A, quedando ésta hacia afuera. Pegar las cabezas y cuerpos un lado con otro, dejando sin pegar las piernas y brazos.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirsos estos preciosos muñecos.

Si no queréis recortar las figuras del periódico para conservarlo entero, podéis calcarlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, además, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.



CONCURSO DE PASATIEMPOS

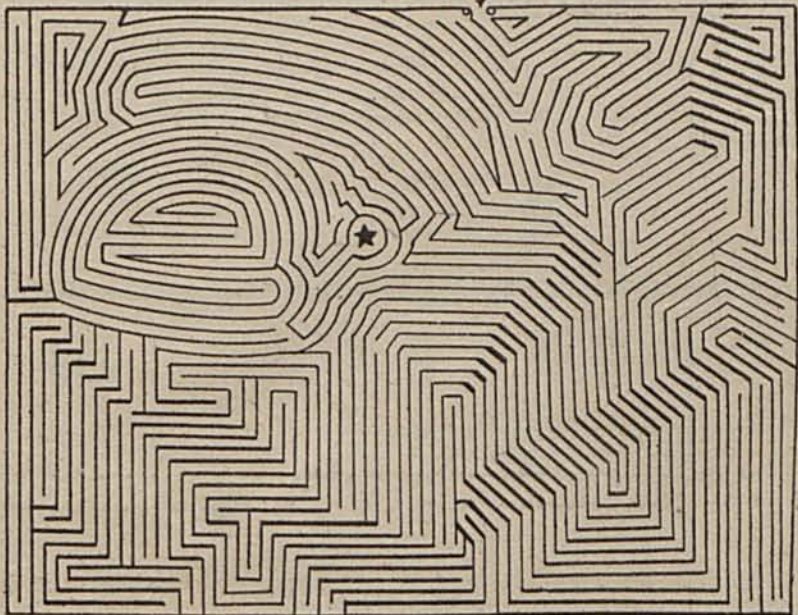
DEL MES DE DICIEMBRE DE 1926

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos nuestros suscritores. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los suscritores que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)



Don Chimpancé y don Lobo están comentando las tremendas fechorías de dos monos bandoleros que desde hace algún tiempo son el terror de la comarca. No hay pueblo en aquellos contornos donde se pueda vivir con tranquilidad, ni camino por el que se pueda transitar con garantías de seguridad. Los dos monos asaltan las viviendas o salen al paso de los viandantes y los atracan. Ahora mismo están escondidos y dispuestos a atracar a don Chimpancé y a don Lobo de un momento a otro. A ver si vosotros, con la listeza que os caracteriza, los descubris y dais la voz de alarma.

LABERINTO



pero ¡oh desgracia!, se ha dejado en la plazoleta la estrella de hojaldre que constituía su merienda. Como el pobre niño no se atreve a entrar porque tiene miedo a perderse otra vez, ¿queréis vosotros ir por la estrellita de este niño?

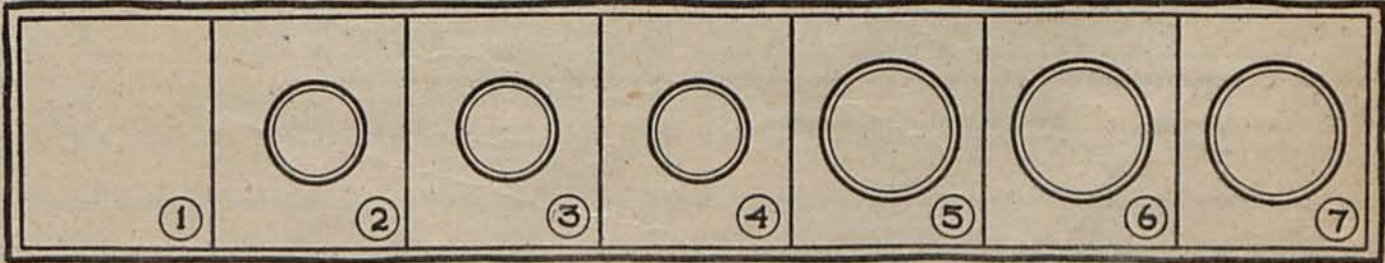
CUPÓN

DE SOLUCIONES
DEL MES DE DICIEMBRE

94

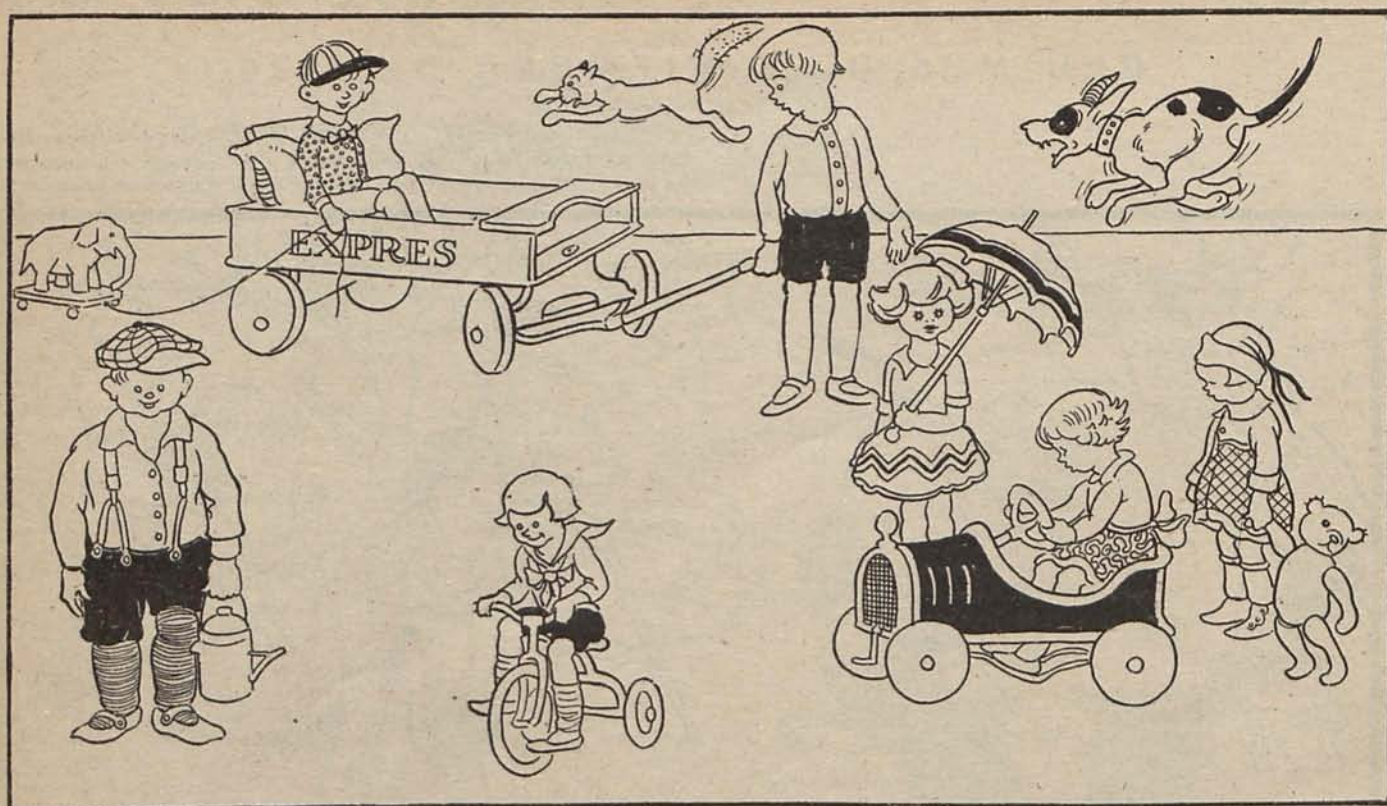
Envío del suscriptor (1) D.

(1) Sólo los suscritores pueden tomar parte en el Concurso de Pasatiempos.



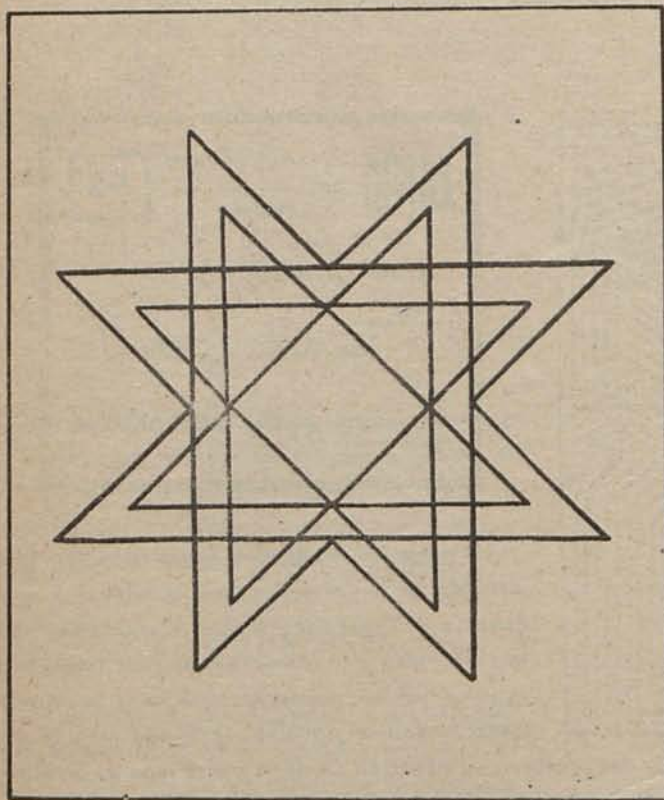
Aquí tenéis siete departamentos y seis fichas. Mi criado las ha distribuido a capricho suyo, sin tener para nada en cuenta los deseos míos. Yo quiero que las tres fichas grandes ocupen, precisamente, los lugares que ocupan las tres fichas pequeñas, y que éstas pasen a ocupar los tres lugares ocupados por las tres grandes. Hacer vosotros el cambio; pero os hago saber la condición de que ninguna ficha puede saltar más de dos lugares, bien a la derecha, bien a la izquierda. Cumpliendo esta condición podéis también utilizar la casilla primera que ahora está vacía.

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Esta vez, nuestro dibujante ha sorprendido una escena infantil. En ella hay una serie de errores no pequeña, pues, como ya sabéis este dibujante es muy distraído, y esta vez ha cometido nada menos que trece faltas. Como ejemplo, os diré una de ellas. Al chico que lleva una cafetera en la mano le falta uno de los rabillos de los tirantes. ¿Cuáles son las otras doce?

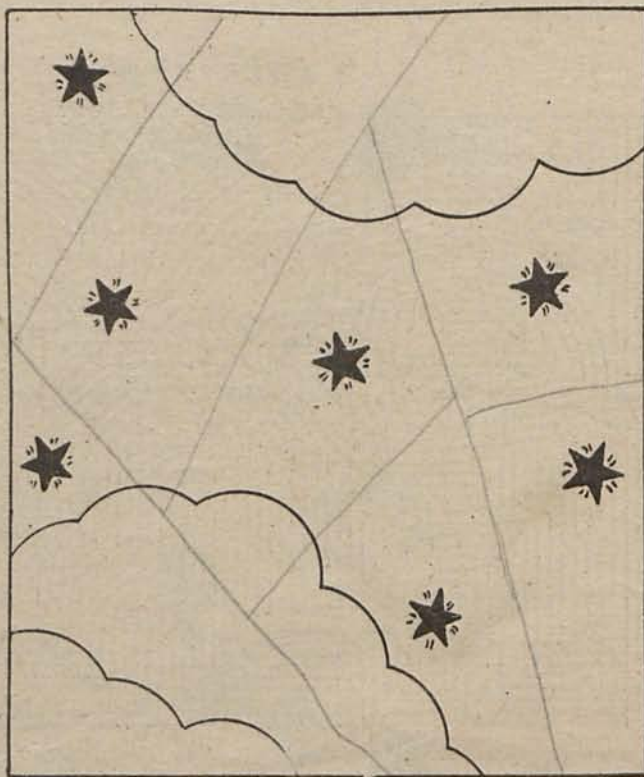
LA ESTRELLA



Esta estrella de ocho puntas que aquí veis hay que dibujarla con solo un trazo, sin excusar ninguna línea, y sin levantar el lápiz del papel. Tampoco está permitido volver a pasar el lápiz por una línea ya hecha. Quiere decirse con esto que siempre hay que avanzar y nunca retroceder.

Para enviar la solución indicar con flechas la dirección de la línea y marcar el punto de partida.

PROBLEMA ASTRONÓMICO



Tenemos siete estrellas en este claro de cielo, y hay que trazar tres líneas de forma que las estrellas queden separadas unas de otras. El cielo quedará dividido en siete departamentos, y dentro de cada uno de ellos una estrella.

Daos prisa a hacer pronto el trabajo, pues las nieves amenazan tapar pronto a las estrellas, y entonces sería imposible resolver el problema.

La EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Méjico, Salvador y Uruguay.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, querido Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Quisiera que hoy me contaras, amigo buho, por qué nos reímos y por qué lloramos.

—He aquí, querido Chonón, una facultad que tú tienes y que yo carezco de ella. Los hombres os podéis reír y podéis llorar; los animales ni reímos ni lloramos.

—¿Y no te da envidia, amigo buho.

—Yo no siento envidia por nada, ni falta que me hace. La envidia no sirve más que para mortificar al que la siente. Estoy muy contento de no sentir envidia, si estuvieras haciéndome burla y esto me da mucho coraje. ¿Ves tú? Ahora mismo me estás mirando de un modo...

—¿Pero no te gustaría poder reír y llorar?

—¿Para qué? Yo lloro y río para mí solito y no creo que me haga falta más.

—Pues a mí me da mucha rabia que algunas veces no te rías. ¡Eso de verte siempre con la misma cara! Pareces una estatua. No he visto nunca en ti un gesto que me revele si estás contento o si estás triste. A veces, te quedas mirándome con una fijeza que me desconcierta. Parece como si estuvieras haciéndome burla y esto me da mucho coraje. ¿Ves tú? Ahora mismo me estás mirando de un modo...

—Yo no hago burla a nadie ni me importa un bledo que me la hagan. Cuando veo un señor que delante de mí arruga las narices o saca la lengua, digo para mis adentros: ¡Qué lástima! ¡Este pobre señor es tonto!

—¿Y no te da rabia que te hagan eso?

—Si me diera rabia, el tonto sería yo.

—¿Quieres decir que yo soy tonto si me molesto cuando me hacen burla?

—Quiero decir que a nosotros, a los animales, no nos produce ninguna sensación el gesto de la burla y, por lo tanto, el que nos la haga es un tonto, porque pierde el tiempo.

—Está bien, querido buho, y ¿quieres decirme por qué nos reímos y por qué lloramos?

—Vosotros, los seres de la especie humana, estáis constituidos de una forma que vuestros músculos se contraen por la acción de sensaciones extrañas, ajenas a la voluntad. Si cuando estáis con los ojos abiertos os hacen ademán de tiraros una cosa a la cara, cerráis instintivamente los ojos porque los músculos de los párpados se os han contraído. Así también cuando os hacen cosquillas se produce un movimiento muscular que es causa de gestos raros y asimismo cuando una cosa os proporciona una impresión de gracia o de agrado se os contraen los músculos.

—Pues yo sólo me río cuando quiero.

—Si te hacen cosquillas, te reirás aunque no quieras.

—Es verdad. ¿Y por qué cuando lloramos derramamos lágrimas?

—Por la misma razón.

—¿Por las cosquillas?

—No hombre. Quiero decir que la causa es también la contracción muscular, sólo que estos músculos del ojo cuando se contraen oprimen unas glándulas, llamadas glándulas lagrimales, que son como

pequeñísimos racimos de uva, de donde se desprenden las lágrimas.

—¿Entonces sólo hay lágrimas cuando lloramos?

—Lágrimas, propiamente dicho, sólo las hay cuando hay opresión en las glándulas. Por eso habrás notado que algunas veces al reírte, la contracción muscular llega a producir el derramamiento de lágrimas. Pero el líquido segregado por dichas glándulas existe constantemente; gracias a él, ni se nos secan los ojos ni se nos llenan de polvo. Este líquido va saliendo poquito a poco, en la cantidad suficiente para mantener húmedos y limpios los ojos. Los párpados se encargan de esta importante función. Cuando lloramos salen las lágrimas con tal exceso, que se desbordan por los ojos y corren por las mejillas.

—No debe de ser bueno llorar; ¿verdad, buho?

—Naturalmente. Esas lágrimas que se derraman las sacamos de donde debieran estar; pero tampoco el llanto puede evitarse.

—¿Qué bien si no tuviéramos nunca motivos para llorar!

—¿Qué listo eres, Chonón, y qué gracioso! Si pudiera reirme, me reiría.

—¿Pero de mí?

—De las cosas que tú dices.

—¿Todos no somos tan sabios como tú...! Y dime ¿ese líquido que las glándulas segregan constantemente a dónde va a parar?

—Ese líquido, como te he dicho antes, tiene por objeto mantener húmedos y limpios los ojos, y una vez cumplida esta misión, se escurre por un pequeñísimo agujerito que hay en la parte inferior del ojo, en el ángulo que está junto a la nariz, y va a parar a las fosas nasales.

—Es admirable, y ahora me explico perfectamente que al llorar no quepan las lágrimas por ese conducto tan estrechito, se salgan de los ojos y corran por las mejillas.

—¿Quieres saber algo más, querido Chonón?

—Por hoy, nada más. Es decir, se me ocurre una duda.

—¿Cuál?

—Que no sé para qué sirven esas lágrimas mientras dormimos, si no se mueven los párpados.

—La Naturaleza, curioso Chonón, lo tiene todo previsto. Mientras dormimos, las lágrimas no sirven para nada.

—No te comprendo.

—Es que durante el sueño se suspende la segregación lagrimal, porque como los ojos están cerrados, no les da el aire y ni se secan ni les cae polvo. Comprenderás que durante el sueño las lágrimas no hacen falta.

—¿Y si lloramos soñando?

—El llanto del sueño es un llanto que no pasa de ser una ilusión cerebral que no afecta a nuestros músculos dormidos, porque falta la impresión real que los haga contraer y provoque el derramamiento de lágrimas.

—¿Qué sabía es la Naturaleza! ¿Verdad, querido buho?

—Bastante más que tú, Chononcito.

—Y bastante más que todos los buhos juntos.

CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar la respuesta unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas), por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que no recibáis la revista con retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Lolita Rodríguez Bauzá.—No te extrañes, simpática Lolita, de lo que ha motivado tu carta. ¿Me entiendes? Ha habido tal cantidad de colaboración acumulada, que mis secretarios (y cuidado que son dispuestos mis secretarios!) anduvieron de cabeza durante la temporada a que tú y yo nos referimos. Yo, que soy un muñeco de mucho carácter y que los hago andar a todos así (derechitos, ¿sabes?), ha habido momentos en que me compadecí de ellos. La sección de «Correspondencia» era un Himalaya. ¡Tú no tienes una idea, queridísima Lolita! Gracias a la ayuda de Don Turulato, Currinche y (aunque parezca mentira) a la de Tin y Ton y otros buenos amigos míos, se ha aliviado el peso de aquel enorme montón de dibujos. En esta situación, más sosegada, mando tomar nota de tus legítimos deseos, ¡que he entendido perfectamente! Un abrazo de tu mejor amigo de madera, PINOCHO.

Tomás Cano.—Con tu carta recibo soluciones de problemas y pasatiempos correspondientes a Concursos ya fallados. Aparto, claro está, las soluciones que han llegado a tiempo; pero las otras, querido Tomasito, no sirven ya para otra cosa sino para que yo pueda admirarte como un excelente coleccionista. ¡Qué lástima! Muy pulcros tus trabajos, muy acertados, muy bien todo, menos la oportunidad en el envío de muchos de ellos. Te abrazo.

Ramiro Sanz López.—Don Turulato, que tiene una paciencia a prueba de Currinche, ha podido descifrar el enigma de tu carta; pero tú no sabes lo tonto que se ha puesto. Dice que gracias a él, que conoce egipcio, griego, chino y otra porción de idiomas, ha podido traducirse el texto de tu misiva. Asegura que en la antigüedad hubo una provincia egipcia que se llamaba *Garabania*, cuyos habitantes usaban la escritura jeroglífica que tu has empleado. ¿Es verdad, Tomasito querido? Yo creo que lo que ocurre es sencillamente

que escribes muy deprisa. Tu letra, hecha con reposo, no es mala; pero escrita a paso de motocicleta loca, es pésima. Esto tiene el inconveniente de que te expones a que no me entere de lo que quieres decirme. y... ¡tú verás! Admitidos tus dibujos, muy lindos por cierto, y entran en turno para publicarlos. Siempre tuyo.

Gloria Gaya.—No puede ser, simpática Gloria; y tú no sabes lo que a mí me cuesta tener que escribir un «no puede ser». Yo quisiera decir que «sí» a todo lo que me piden mis queridísimos Pinochistas; pero el Gran Consejo Pinochista interviene en todo y lo decide todo. Es evidente que cuando este Gran Consejo toma un acuerdo, tiene poderosísimas razones que hay que aceptar. En el caso que tu me consultas hay un derecho reservado a los suscritores, que es el que el Gran Consejo defiende. ¿Tú no comprendes, monísima Gloria, que si cada suscriptor pudiese enviar trabajos de otros que no lo son, se igualarían los derechos de todos, con evidente perjuicio de los suscritores? Yo aplaudo tus buenos sentimientos de amistad; pero igual caso sería si tú, por el hecho de sacar butaca en un teatro, quisieras que otros amiguitos tuyos, que sólo tuvieran entrada general, se pudieran sentar al lado tuyo. Me dices que tus amiguitos compran el PINOCHO todas las semanas. ¡Qué tontería hacen no suscribiéndose! ¡Qué ganas tienen entonces de ir a entrada general costándoles lo mismo sus magníficas butacas! Verdad que estamos de acuerdo, simpática Gloria! Un abrazo.

Antonio M. Royo.—En lo que se refiere a los trabajos de tu hermanito he de decirte lo mismo, lo mismo, lo mismo que a la anterior Pinochista; y otro apretado abrazo para ti y Pepín.

NAVIDAD AÑO NUEVO REYES

El mejor regalo es siempre el libro.

Pedid **gratis** sus catálogos a la

Editorial "Saturnino Calleja", S. A.

Calle de Valencia, 28, MADRID,

*y hallaréis la lista de los
famosísimos e incomparables*

CUENTOS DE CALLEJA

*y miles de libros más, interesantes,
útiles y amenos.*



LOS REGALOS DE DICIEMBRE

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de diciembre, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio. . . 25 pesetas en dinero, a D. Lorenzo Morales Domínguez.—Barcelona.**
Segundo premio. . 15 pesetas en libros, a D. José Fernández.—Guatemala.
Tercer premio. . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Ana María Gargallo.—San Sebastián.
Cuarto premio. . . 6 pesetas en libros, a D. Manuel Mateos Ferrer.—Granada.
Quinto premio. . . 4 pesetas en libros, a D. Manuel Saavedra Palmeiro.—Badajoz.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

DE LA COLECCIÓN CUENTOS DE CALLEJA EN COLORES PRIMERA SERIE



Precio 6 pesetas.

Lo remite a toda España y América a quien lo pida con su importe, más 0,75 ptas. para gastos de envío, la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., calle de Valencia, 28.—MADRID.

LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Tener siempre completa la **Serie Pinocho contra Chapete** (porque no tenerla sería una tontería, con lo preciosos que son todos los tomos), y reunir la mayor cantidad posible de **Cuentos de Calleja**.
- 5.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 6.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalos y en los concursos de **PINOCHO**, decírselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.

DE LA MAGNÍFICA Y DIVERTIDÍSIMA SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE

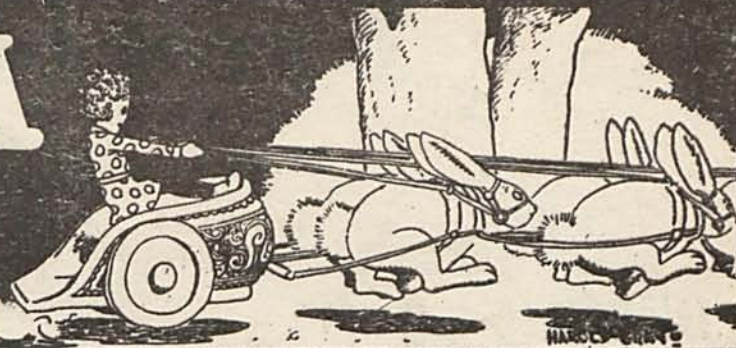


Precio 1,50 pesetas.

Lo remite a toda España y América la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Apartado 447, Madrid, a quien lo pida acompañando su importe.

ANITA

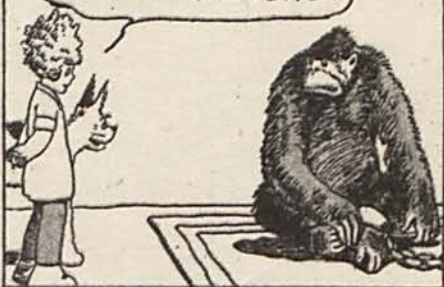
BUEN-CORAZON



VEN CONMIGO FELUCHO, Y VERÁS UN MONO QUE HA COMPRADO EL AMO. SE LLAMA TITIN Y DICEN QUE ES MÁS LISTO Y MÁS GUAPITO QUE MUCHA GENTE.



¡CARAY QUE MONAZO! ¡TIENE CARA DE MALAS PULGAS!



¡NO TE DECÍA YO? ¡ESPERA TITIN, QUE VOY A TRAERTE UNA COSA QUE MATA EN SEGUIDA A ESAS... SEÑORITAS!



SI TITIN ES TAN INTELIGENTE COMO DICEN, ME AGRADECERÁ LO QUE VOY A TRAERLE



ESTATE QUIETECITO TITIN, DENTRO DE POCO NO QUEDARÁ NI UNA VIVA, Y ASÍ NO TE PICARÁN MÁS!



¡AY! ¡AY!



¡LAMENTO QUE NO LE HAYA GUSTADO! ¡LE TRAERÉ UN COCO!



¡TOMA. ESO TE GUSTA ¿VERDAD?



PARECE QUE EL COCO LE AGRADE MÁS. ¿POR QUÉ LO MIRARÁ TANTO?



YO CREO QUE ESTOS MONOS NO TIENEN INTELIGENCIA MÁS QUE PARA IMITAR TODO LO QUE VEN.



¡VES, PELUCHO COMO ESOS MONOS NO SABEN MÁS QUE IMITAR! HA VISTO QUE YO LE HE ECHADO EL COCO Y EL MUY ZOPENCO VA Y ME LO ECHA A LA CABEZA!





SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

*Una almohada
peliculesca.* — Re-

cuerdo que cuando mi mamá era niña —porque yo he conocido a mi mamá cuando aún no había cumplido los ocho años; ¡suerte que tiene una!— no había para los niños de entonces más país fantástico que el que figura en los cuentos de hada, o sea un país en que los príncipes se casan con las pastoras, las brujas convierten a las princesas en pájaros y los leñadores llegan a reyes merced a su valentía y a su buen corazón.

Hoy existe otro país casi tan fantástico como aquél, y es Norteamérica. Aquello no es solamente la tierra a donde van tíos que se enriquecen en cuatro días y llegan a sus sobrinos de Europa fortunas fabulosas. Aquello es, sobre todo, el país del «Far-west» y de los «Cow-boys».

¡Ah, los «Cow-boys»! ¿Verdad que son extraordinarios? Llevan altas botas de cuero, chambergo de alas descomunales y un pañuelo de seda roja anudado al cuello; no se apean de su caballo ni para echar la siesta; en los bares llaman al camarero disparando el revólver, y si se les llega a caer al suelo la paja con que sorben el «cok-tail», la recogen con el lazo.

Todo esto lo hemos aprendido en las películas, y como «se non é ben trovato» (esto quiere decir en italiano, como sabéis, que «si no es verdad, por lo menos está bien imaginado»), pues cualquiera nos convence de lo contrario. Seguramente, si en la Edad Media ha existido alguna Pirula, redactora de alguna revista infantil —cosa que dudo—, al pensar en brindar a sus lectoras un almohadón que las agrade, seguramente, habrá dibujado unas fortificaciones o unos castillos almenado con unos guerreros embutidos en sus armaduras de hierro.

Yo, colocada hoy en el mismo caso, no podía menos

de ofreceros una tienda en las praderas del «Far-west», y un señor «Cow-boy» (le he hecho apearse de su caballo para no complicaros la labor) fumando una pipa completamente norteamericana.

Realizaréis esta almohada triangular, con telas recortadas, en los colores siguientes: la tienda, verde aceituna, adornada con motivos violetas y amarillos; la abertura de la tienda es marrón oscuro; el suelo, verde hierba, así como la parte de debajo de la base; el personaje tiene la cara y las manos morenos, y viste, naturalmente, un traje color kaki; con el pañuelo del cuello rojo, el revés y los lados de la almohada son color verde aceituna.

La bandera que corona la tienda será la yanqui, con sus correspondientes estrellitas; pero si la queréis poner española, resultará, sin duda, menos natural, pero, desde luego, mucho más patriótica. Este dibujo, como todos, puede reproducirse perfectamente por cuadrícula; si no sabéis cómo, decídmelo, y yo os lo explicaré con mucho gusto.

PIRULA, REPOSTERA

Pastel Cañamón.—Ya comprenderéis que no llamo este pastel «Cañamón» porque esté hecho con cañamones, sino aludiendo al simpático personaje de esta revista, que todos conocéis, y que, por su popularidad, bien merece ser padrino de tan suculento plato de repostería.

La receta es la siguiente: Se colocan en uno de los platillos de una balanza tres huevos sin cascar, y en el otro platillo igual peso de harina, luego de mantequilla y luego de azúcar molida; se añade una pizca

de sal fina, un poco de cáscara de limón picada muy menudo o de vainilla o de agua de azahar, a voluntad. Con todo ello, y con los huevos, se hace una masa, a la cual se puede, si se quiere, añadir noventa y cinco gramos de almendras mondadas y molidas. Se unta una tartera con mantequilla, se echa la masa en ella y se mete en el horno para que se cueza a fuego lento; este pastel puede servirse caliente o frío, espolvoreado con azúcar.

